

Otomíes, matlatzincas y mazahuas en el siglo XVI. Un acercamiento a través de las *Relaciones geográficas*

ALICIA BONFIL OLIVERA

En el presente trabajo se hace una revisión de algunas de las relaciones geográficas del siglo XVI, con un enfoque dirigido especialmente a aquellas regiones que en la época colonial se encontraban ocupadas por grupos otomíes. Dicho estudio comprende principalmente a los pueblos localizados en el área que actualmente corresponde al norte del actual estado de México, pero también a otros aledaños a éstos y cuya información resulta útil por tratarse también de pueblos de filiación otomí.

De las relaciones revisadas se obtuvieron datos acerca de la distribución así como de las costumbres, recursos, medio ambiente, tecnología y demás aspectos socioculturales de los otomíes, matlatzincas, mazahuas y pames de la época referida, lo cual contribuyó a la conformación de una base de la cual partir para encontrar afinidades y diferencias entre sus manifestaciones culturales concretas.

El interés del presente trabajo se centra en el devenir de los grupos étnicos que históricamente han ocupado y ocupan aún el área del actual estado de México, particularmente la fracción noroeste del mismo.

Tradicionalmente, las fuentes hablan de los pueblos que antaño habitaron dicha zona como pertenecientes a un mismo tronco lingüístico: la familia otomí-pame; sin embargo, sabemos que a este gran grupo lingüístico lo conforman varias etnias, entre las que figuran mazahuas, matlatzincas, otomíes, pames y ocuiltecas.

La distribución actual de dichos grupos dentro del estado de México se da, de manera general, de la siguiente forma:

—Otomí/mazahua: valle de Ixtlahuaca y norte del valle de Toluca.

—Matlatzinca: centro-sur del valle de Toluca y sur del estado de México.

—Ocuilteca: sureste del estado de México.

Los ocuiltecas, en términos lingüísticos, pueden ser integrados a los matlatzincas, ya que, de acuerdo con Soustelle, no hablan una lengua diferente.

Los pames, por su parte, se localizan en zonas más septentrionales, más allá de los límites de la región que nos ocupa.

Aunque es muy posible que todos los grupos otomíes y pames provengan de un origen común, es también muy cierto que mazahuas, otomíes y matlatzincas no reconocen unidad alguna en términos políticos o históricos, lo cual, aunado a las diferencias lingüísticas que mantienen, nos lleva a pensar que en lo cultural, así como en el aspecto ideológico y en el material, deben existir diferencias forjadas a través del devenir histórico de cada uno de ellos.

En cuanto a las características físicas de los otomí-pames, aspecto que también ha sido sujeto de la introducción de elementos ajenos, a decir de Soustelle:

Es así como, para poder acceder a estas manifestaciones, consideramos necesario, en primer lugar, aislar las variables que, en este caso concreto, puedan tener algún significado útil para determinar la identidad étnica de cada uno de los grupos mencionados.

De la información recabada a partir de la revisión de las *Relaciones geográficas* —con vistas a identificar aquellos datos útiles para la definición cultural de los grupos étnicos del noroeste del estado de México—, consideramos conveniente resaltar algunos aspectos, para lo cual respetaremos, de manera general, el mismo orden que siguen las respectivas relaciones.

En cuanto a la distribución geográfica de las diferentes lenguas, podemos inferir que, no obstante que en la mayor parte de la región bajo estudio se hablaba, en mayor o menor medida, el náhuatl o mexicano (cuya presencia se debe, según las relaciones, a grupos “advenedizos”), en el extremo norte del estado de México, es decir, en áreas colindantes con los actuales estados de Hidalgo y Querétaro, la lengua dominante y ciertamente original era el otomí, mientras que al poniente, en las cercanías de Michoacán, predominaba el matlatzinca, mencionándose también la presencia de grupos hablantes de mazahua y tarasco.

Llama la atención la importante mención que para la zona de Epazoyuca, Cimapán y Querétaro, se hace de hablantes de lengua chichimeca, a la que nosotros asociamos con el pame. En algunos casos se caracteriza a los portadores de esta lengua con el adjetivo de pobladores “advenedizos”, como en Querétaro y Cimapán, pero, por ejemplo, en el caso de Epazoyuca, se alude a los chichimecas como los pobladores originales de esas tierras, lo cual habla de la estrecha relación que, aún para esta época, existía entre los grupos chichimecas de regiones más septentrionales, y los otomianos del centro-norte de Mesoamérica.

De cómo eran los pueblos de otomíes no se hace referencia detallada en las relaciones, sin embargo, Carrasco infiere que lo más probable es que hayan sido poblados dispersos. En cuanto a

los asentamientos matlatzincas, hay datos que se contraponen, ya que, aunque Carrasco generaliza la característica de la dispersión poblacional también para este grupo, la relación de Teutenango refiere que “Está el pueblo, por su traza, como la ciudad de México”. Los asentamientos mazahuas, aparentemente, presentaban un patrón más o menos concentrado, ya que la relación de Tuzantla habla de que los pobladores, aunque pocos, “Tienen su pueblo formado”.

La religión es uno de los aspectos en los que ha resultado más clara la diferencia entre cuando menos dos de los tres grupos que estamos tratando. En este sentido, la descripción de los otomíes de Cempoala refiere:

Los antiguos pobladores no adoraban ídolos, sino solamente al sol [...] Y, andando el tiempo vinieron los *colhuaques*, que es generación de por sí, [y] éstos enseñaron a idolatrar, y trujeron los ídolos y enseñabanles a adorarlos.

De manera muy similar se habla de las creencias de los de Epazoyuca y Tetlitzaca. Por su parte, la relación de Querétaro menciona de manera más concreta la existencia de los dioses de un panteón particular, aparentemente otomí, cuya adoración sobrevivió, cuando menos, a las influencias mexicas:

Ellos tenían otros dioses particulares: tenían un dios del agua y buenos temporales [...] hecho de varas, [...] Tenían otros dos dioses, de mucha reputación y reverencia, el uno en forma de hombre y, el otro, en forma de mujer, hechos de las mismas varas, [...] Al hombre le llamaban el Padre Viejo; a la mujer, llamaban la Madre Vieja. De los cuales decían que procedían todos los nacidos, y que éstos habían procedido de unas cuevas que están en un pueblo que se dice Chiapa [...]

Reverenciaban en gran manera un ídolo de piedra de la figura de hombre, al cual llamaban Eday, que quiere decir “dios de los vientos”, el cual creían que había creado todo lo universo [...] A éste tenían con los demás dioses, aunque en parte más preeminente, en una casa grande que les servía de templo, en la cual había sacerdotes, que llamaban Yobego.

En lo que toca a los matlatzincas, tal parece que, del mismo modo que los otomíes, adoraban a ídolos que a veces eran de piedra y a veces de palo, pero los nombres que les daban diferían de los del panteón otomí y, en otros casos, aunque en náhuatl, los nombres no correspondían a los del panteón mexicana.

En el caso de Tuzantla, territorio tarasco-mazahua, se menciona a Curisticahehi y a Urindecahuecara, deidades de nombre tarasco, lo que nos lleva a pensar que son el producto de un proceso de aculturación derivado de la expansión del dominio de este Estado.

Si nos enfocáramos a lo que las fuentes en general (no sólo las *Relaciones geográficas*) dicen con respecto a la manera de ser de los otomíes, resultaría que todos ellos, sin distinción, se caracterizan por ser de

[...] bajo entendimiento [...], no tienen honra, ni la sustentan; en todo lo que tratan son muy apocados; [...] son muy sucios en su vestir y comer, de muy vil y cobarde ánimo, desagradecidos al bien que les hacen. Son muy bárbaros y tardos en entender las buenas costumbres [...] Su inclinación natural los lleva a todos géneros de vicios [...] Son grandes mentirosos [...] Tienen poca ley unos con otros [...], son crueles y sin piedad [...] Son grandes ladrones [...], muy grandes comedores [...] Son grandes supersticiosos [...] En el trabajar son flojos [...] En la lujuria son muy cálidos [...]; lo principal de sus vicios, y en el que particularmente están arraigados es en emborracharse [...], etcétera.

Todo esto pudiera referirse a que los otomíes no tenían una actitud servil y, seguramente, no fueron fáciles de someter. La cercana relación que mantuvieron siempre con los vecinos chichimecas y la afinidad cultural que con seguridad existía entre estas dos etnias parece ser una explicación al espíritu rebelde e indomable que sugieren las imágenes de las citas arriba referidas.

Del temperamento de los matlatzincas no se habla mucho, al igual que de lo concerniente a los mazahuas, aunque de estos últimos se hace notar que:

[...] en otros tiempos vivían más y más sanos, y que lo atribuyen a que, en aquél tiempo, tenían por costumbre no llegar ni conocer el hombre a mujer hasta que tenía veinticinco años, ni se casaban hasta que tenían esta edad cumplida,

lo cual pretende indicar que eran de espíritu menos “bárbaro” en comparación con los otomíes.

Por otra parte, los ritos y las costumbres de cada pueblo han resultado ser, si nos limitamos a la información con la que contamos, elementos que aparecen más o menos uniformes, dado el nivel de influencia que para esta época ya tenían los mexicas sobre los demás grupos del centro de México.

Sin embargo, sí es posible encontrar rasgos muy característicos en otros ámbitos de la vida de cada grupo. Tenemos, por ejemplo, que los otomíes, cuando no han adoptado las costumbres mexicas, se caracterizan por aprovechar al máximo recursos como el maguey, el mezquite y algunas cactáceas, no sólo como alimentos, sino incluso como material constructivo para sus casas, como se da a entender en los siguientes pasajes:

Destos magueyales se aprovechan de hacer miel, vino, mantas de henequén (ixtle), jáquimas y cabrestos y otros cordeles, y comen las pencas cocidas. Destos magueyes nacen unos troncos grandes, con que cubren sus casas. Destas pencas de maguey, en estando secas, les sirve de leña para con qué aderezar sus comidas. Y tienen otros muchos provechos destos magueyes.

Hay en esta comarca mucha cantidad de árboles que en lengua mexicana llaman mezquitl, [que] llevan un fruto a manera de alverjanas: cuando está maduro, es dulce como algarroba, con las pepitas de la misma semejanza; cómenlo los indios y las bestias. La madera destos árboles es muy recia, que sirve para hacer ruedas y lanternillas para los ingenios de fundición.

En este sentido, la relación de Temazcaltepec refiere el aprovechamiento de los productos del bosque, como las bellotas de encino, “manzanillas de la tierra” y otros frutales y maderables como el nance y el tlacuiloquhuitl.

Los matlatzincas y los mazahuas, probablemente debido a diferencias relacionadas con las condiciones particulares del medio en que vivían, pero también a las diferentes formas de adaptación propias de cada grupo, construían sus casas con procedimientos más complejos, en ocasiones de piedra y en otras “de adobes y, algunas, cubiertas de paja, y otras, de tajamanil [sic]. En general, son todas casas bajas... Tienen cal y canteras de piedra, con que hacen sus cimientos”.

Contra lo que supusimos en un principio, la información relacionada con los productos que se utilizaban en el comercio y tributo no fue de utilidad alguna, ya que en todos los casos se menciona al maíz, al chile, al frijol, e incluso algunos productos introducidos por los mismos españoles, cuestión que es comprensible debido a la época en la que se elaboraron las relaciones, pero que no nos proporcionan datos de utilidad para caracterizar a los pueblos de manera individual, aunque es un hecho que, en épocas anteriores a la conquista, los productos que se intercambiaban sí eran, de alguna manera, representativos de la propia región de cada uno.

En cuanto a las actividades de subsistencia de estos grupos, además de la agricultura, resalta el hecho de que, entre los otomíes en particular, ocupaban un lugar de indudable importancia la cacería y la recolección de frutos y plantas silvestres.

Finalmente, en lo referente a los aspectos militares, todos estos pueblos peleaban a la manera y bajo la bandera de los grupos que los dominaban o de los que dependían, sean mexicas o tarascos, variando únicamente, y no en todos los casos, el atuendo que utilizaban para la guerra. Por lo que se infiere de lo relatado en relación con las construcciones defensivas, a los matlatzincas se les asocia, más que con construcciones, con lugares altos, como mesetas o peñas, de acceso difícil, en ocasiones fortificados y relacionados frecuentemente con manantiales, coincidiendo más o menos con lo que se dice de los mazahuas, mientras que para los pueblos otomíes no hay mención alguna de fortalezas o construcciones de este tipo.

Algunos comentarios derivados del análisis de las *Relaciones geográficas*

En primer lugar, después de intentar obtener —partiendo de una sola fuente: las *Relaciones geográficas* que responden al cuestionario de 1577—, toda la información posible respectiva a los grupos otomíes del estado de México con la finalidad de encontrar en sus costumbres, tradiciones y demás aspectos relacionados con su modo de producción y de vida algunas claves que nos dieran la pauta para poder distinguir —desde el punto de vista de su cultura material— a los matlatzincas de los mazahuas y a éstos de los otomíes, nos dimos cuenta de que son contados los aspectos en que dichas fuentes aportan información realmente útil, debido a que, para la época a la que corresponde su elaboración, la situación original de los pueblos indígenas ya se encontraba muy modificada. Lo anterior se observa en las cuestiones materiales, tales como el tipo y el lugar de los asentamientos (que en ocasiones fueron desplazados, ordenados o concentrados), los recursos aprovechables, los procesos productivos, de distribución y de consumo, la vestimenta, el tipo de viviendas, etcétera, como en aquellas cuestiones que se expresan solamente en lo ideológico, representadas por la religión, las costumbres, los ritos y las creencias.

Las modificaciones que, para la época de la Colonia, habían sufrido las expresiones culturales de estos grupos a partir de su condición original no sólo se deben al contacto con los conquistadores europeos, van mucho más atrás en la historia, desde el momento en que en Mesoamérica surgen y se expanden Estados como el tarasco y el mexica, que ejercen, desde los siglos XIV o XV, una fuerte influencia en todos los aspectos que ya hemos mencionado de los pueblos con los que tenían algún contacto.

Sin embargo, a partir de la información hasta aquí obtenida, podemos externar los siguientes comentarios:

Los aspectos en los que es más notoria una identidad étnica son el religioso y el que tiene que

ver con el aprovechamiento de ciertos recursos naturales.

Resulta evidente el hecho de que el medio en el que cada grupo se asienta influye de manera directa en su modo de vida, sin embargo, la manera en que éste interactúa con el medio particular en el que vive sí se da de diferente manera en cada caso, ya que, por ejemplo, las actividades y el patrón de asentamiento de los otomíes se acercan más a las de un grupo seminómada, mientras que en el caso de los matlatzincas y mazahuas, en este sentido parecen estar más adaptados a un modo de subsistencia sedentario-agricultor.

Por otra parte, aparentemente los mazahuas en particular se relacionan más con las costumbres y tradiciones de los tarascos, lo cual se hace evidente en la fusión, a nivel regional, de ambas lenguas, del mismo modo que de sus creencias religiosas y de los recursos naturales que aprovechan y cómo lo hacen.

Paralelamente, los otomíes presentan aspectos de afinidad con los chichimecas, figurando como un modo de vida transicional entre el mesoamericano y el cazador-recolector seminómada.

Finalmente, sólo podemos decir que, para obtener un *corpus* de información suficiente como para que sea utilizado como herramienta en la

caracterización de cualquier etnia, es necesario echar mano de diferentes clases de fuentes, tanto históricas como arqueológicas y etnográficas, y que el presente ensayo constituye sólo una muestra de lo que puede ser una pequeña pieza para formar un gran rompecabezas.

Referencias:

- Acuña, René, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t. I. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1985.
- Acuña, René, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI: México*, t. II. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1986.
- Acuña, René, ed., *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1987.
- Carrasco P., Pedro, *Los otomíes*. México, UNAM, Instituto de Historia, 1950.
- Gerhard, Peter, *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1972.
- Soustelle, Jacques, *La familia otomí-pame del centro de México*. México, Instituto Mexiquense de Cultura/UAEM, 1993.
- Sugiura Y., Yoko, "El valle de Toluca después del ocaso del Estado teotihuacano: el Epiclásico y el Posclásico", en *Historia general del estado de México*, t. I, cap. VI. México, Gobierno del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 1998, pp. 199-259.